

No es fácil realizar una presentación de un escritor tan aplaudido por el público como Lorenzo Silva, un autor reconocido por la crítica, que ha conseguido alguno de los más prestigiosos premios de narrativa en castellano, como son el Nadal ( obtenido en 2000 por El alquimista impaciente), el premio Ojo Crítico de Radio Nacional de España por El lejano país de los estanques, o el premio Primavera de novela en 2004 por Carta Blanca. Un autor que ha sido traducido al menos a seis idiomas y que ha visto llevadas al cine algunas de sus obras.

En los minutos de los que disponemos, y sin tratar de ser exhaustivos, vamos a intentar una aproximación a su ya importante obra publicada, una obra muy diversa en sus planteamientos: un total de veinte libros, a pesar de la juventud de su autor.

Intentaremos buscar las claves de su narrativa al tiempo que realizamos una clasificación de sus novelas, aunque sé que puedo estar convirtiéndome en una víctima más de esa manía clasificatoria que caracteriza a aquellos que nos dedicamos a la enseñanza, un ejercicio peligroso por la limitación que conlleva.

No quiero pasar por alto que el mismo Lorenzo Silva ofrece su propia clasificación en su página web y que ese instrumento ofrece al lector y al estudioso una valiosa información sobre su biografía, reseñas, argumentos y críticas de su obra. Él nos disculpará que nosotros intentemos la nuestra ajustándonos a criterios diferentes, aunque los resultados no van a diferir excesivamente de los suyos.

El criterio en que nos vamos a basar nosotros es el género al que pertenece cada uno de sus libros. En este sentido podemos establecer cuatro grupos de obras, que denominaremos novela policial, novela de guerra, novela juvenil y novela agnérica.

En el primero de ellos, el de novela policial, incluimos, como es lógico pensar, aquellas protagonizadas por esa pareja de la Guardia Civil que ya resulta familiar a sus lectores, la formada por el sargento Rubén Bevilacqua y la guardia o cabo Virginia Chamorro. Estamos hablando de títulos como La niebla y la doncella, El lejano país de los estanques, El alquimista impaciente y

Nadie vale más que otro, volumen este último constituido por cuatro relatos cortos. En un trabajo titulado “Todo por la patria, Lorenzo Silva y su contextualización en la novela policiaca española”, publicado en la revista *Espéculo* de la Universidad Complutense de Madrid, el profesor Salvador Oropesa sitúa las novelas de Bevilacqua y Chamorro dentro de cierta tradición detectivesca española, autóctona y original y señala como el antecedente más genuino la serie del guardia Plinio de Francisco García Pavón, quién también obtuvo el premio Nadal por Las hermanas coloradas. Oropesa señala como la característica principal de Bevilacqua el hecho de pertenecer a la clase media-baja y el de prodigar opiniones sobre la sociedad española que contempla, al mismo tiempo que ofrece un respeto por la víctima como parte de una sociedad desfavorecida. Añade que la inclusión de la guardia Chamorro representa a la nueva mujer española, a la que nadie regala nada y se tiene que abrir camino por sí misma (ni siquiera le vale la ayuda de su padre, coronel de infantería de marina).

Nosotros añadiremos que las novelas de la serie de la que hablamos se caracterizan por ofrecer el lado oculto de la sociedad española contemporánea, quizá su lado menos amable, a pesar de la imagen de progreso y modernidad que ofrecen los medios de comunicación. El autor nos descubre en confidencia que detrás del decorado opulento del turismo o de las finanzas se esconde una sociedad desagradable y corrupta. “La vida es mugre, cosas a medias y gente que no sabe estar a la altura”, llega a confesar el sargento Bevilacqua, un personaje caracterizado por su desconfianza hacia el género humano y una gran dosis de ironía. El lector, sin embargo, se siente cómodo a su lado porque nunca se siente traicionado por él, ni como personaje ni como narrador equiscente. No oculta sus descubrimientos si no es el tiempo imprescindible y, lejos de conocerlo todo de antemano, sabe tanto como el lector y sufre y razona con él.

Dentro de este mismo apartado incluimos novelas como Noviembre sin violetas o La isla del fin de la suerte porque presentan también una trama detectivesca. Podemos establecer una coincidencia entre todas y es la aparición de un narrador en primera persona, aunque no es menos

cierto que difieren en el grado de implicación del narrador en la historia. En el caso de Noviembre sin violetas, Juan Galba ejerce un papel de detective por voluntad propia, movido solamente por el afán de venganza. Es un personaje no exento de vileza que no duda en ejecutar a la culpable Lucrecia cuando se agolpa sobre él el peso de los recuerdos. En La isla del fin de la suerte, por el contrario, Ismael aborda su labor investigadora casi como un juego. Su actitud se adapta así al carácter de divertimento que el autor quiso dar a esta novela construida en clave paródica y que fue creciendo como un experimento interactivo a través de las opiniones de los lectores en Internet.

El segundo grupo lo constituyen las novelas de guerra. En él incluimos esencialmente dos títulos: El nombre de los nuestros, y Carta blanca. A ellos podemos unir el libro de viajes Del Rif al Yebala, que se nutre de la documentación que el autor ha recabado para construir las citadas novelas. Tanto El nombre de los nuestros como Carta blanca sitúan la acción en un momento histórico por el que Lorenzo Silva siente especial atracción, la guerra de África, si bien la segunda se extiende en el tiempo hasta la guerra civil, con la toma de Badajoz por las tropas franquistas. Pero es, en efecto, la guerra de África el acontecimiento que cobra mayor importancia en los dos relatos y al fin se convierte en auténtico protagonista. El autor nos introduce con crudeza en el sufrimiento de un conflicto bélico de estas características. Aunque el foco narrativo se sitúe del lado del ejército español no se advierte en las novelas una postura maniquea. Si alguien, en todo caso, sale malparado no lo serán las tropas rifeñas, sino unas autoridades españolas, con el rey al frente, empeñadas en continuar una guerra sin sentido. En el primero de los libros la óptica es soportada por el personaje del sargento Molina, que puede ser considerado un alter ego del abuelo del autor, Lorenzo Silva Molina, sargento del ejército español en África. Un narrador omnisciente en ambas novelas nos presenta a unos personajes que son víctimas de una situación a la que les ha llevado el destino (en el caso de El nombre de los nuestros) o su propia voluntad ( en el caso de

Juan Faura en Carta blanca). En los dos relatos nos encontramos con la denominada trama trágica (según la clasificación de Norman Friedman) que conduce a la mayor parte de los personajes a la muerte. Tanto en una novela como en otra se trata de relatos muy bien documentados, hecho que les concede una gran verosimilitud. A ellos también contribuye una sólida construcción de los personajes, una característica que constituye una de las constantes de la obra de Lorenzo Silva. Personajes redondos, creíbles, que tienen en la fuerza del diálogo su principal argumento.

El tercero de los grupos lo constituyen las novelas juveniles, es decir, las novelas destinadas a lectores jóvenes o, como gustan de nombrarlas otros autores, a lectores de todas las edades. Este conjunto estaría integrado en primer lugar por la que el propio autor denomina *Trilogía de Getafe*, constituida por las novelas Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia, La lluvia de París y El cazador del desierto. Las tres coinciden en que están protagonizadas por una misma chica, Laura, que ejerce el papel de narradora, y a quien acompañan sus amigas y confidentes Irene y Silvia. Tres adolescentes que, como el autor, viven en Getafe, y sobre las que basculan, alternativamente, cada una de estas tres novelas. A esta serie podemos añadir la novela titulada Los amores lunáticos, aunque el protagonista en este caso sea un muchacho, Pablo Nava, y resida en Carabanchel. En las novelas juveniles de Lorenzo Silva, en contra de lo que pudiera esperarse, pierde peso la anécdota en favor de la construcción psicológica de los personajes. Da la impresión de que el autor opta por contemplar el mundo desde la perspectiva del joven que fue o, por decirlo con sus propias palabras, del hombre que no ha sido capaz de sacudirse de encima a ese déspota adolescente que todos llevamos dentro. Los personajes se asoman por vez primera al sentimiento amoroso y descubren un mundo que los marcará en adelante (de forma más significativa en el caso de Pablo Nava). En este sentido podemos calificarlas como novelas de iniciación y por ello mismo el diálogo entre los personajes o entre el personaje-narrador y el lector (en teoría también un adolescente como ellos) cobra tanta importancia. La explicación de su

conducta, la aparición de los sentimientos, la visión particular del mundo hacen que la acción se diluya en una trama sutil que soporta el andamiaje de la narración, pero que al contrario que en otras novelas juveniles al uso no constituye la principal razón de ser de la novela. A pesar de ello, la narración no se resiente porque el autor dosifica convenientemente la intriga, trenza los acontecimientos de forma que no permite que la atención del lector decaiga. La crítica es unánime al señalar esta característica de Lorenzo Silva como uno de sus mayores logros como novelista.

Para concluir, señalaré como integrantes del último grupo una serie de novelas que no se someten a los cánones de ningún género (exceptuando quizá La sustancia interior al de novela histórica). Por ello las denomino novelas agenéricas. Incluyo aquí, aparte de la ya mencionada y del libro de relatos El déspota adolescente, las obras El ángel oculto, El urinario y La flaqueza del bolchevique. Estos tres últimos títulos conforman la que el autor nombra como *laxa trilogía*. Merece la pena llamar la atención sobre ellas, porque desde mi modesto punto de vista muestran al mejor Lorenzo Silva. Posiblemente en esa no sujeción a normas genéricas de ningún tipo reside la causa de encontrarnos ante sus mayores hallazgos narrativos y literarios. Los personajes aparecen ante el lector como seres cercanos y extremadamente creíbles en sus aspiraciones, pero también en sus miserias y en sus frustraciones. En sus sufrimientos, al fin. Ya no nos encontramos ante el perspicaz Rubén Bevilacqua, ni ante los heroicos Juan Faura o el sargento Molina. Los protagonistas de la trilogía son entes que el mismo autor califica de antihéroes. Los tres trabajan en un mundo, el de las finanzas, que no provoca en ellos otra cosa que desasosiego, lo cual podría interpretarse como una metáfora de los tiempos y de la sociedad en que vivimos. El novelista disecciona ante nuestros ojos unas almas llenas de altos, pero también de bajos instintos, a lo que contribuye la fuerza de los diálogos y la franqueza de la voz del narrador. Al fin comprendemos que Lorenzo Silva ha conseguido lo que solo un auténtico novelista es capaz de hacer, por más

que algunos acusen a este género de moverse en la pura y vacía ficción: ayudarnos a nosotros mismos a reconocer nuestras propias debilidades. En definitiva, a conocernos mejor.